



PROLOGO.

ese género, con escepcion del folleto del Sr. Don Luis de la Rosa, en que refiere su viaje de México Washington.

Esta circunstancia me ha decidido á reunir y ordenar los apuntes que hice durante mi residencia en Europa y á publicarlos sin pretension de ninguna especie, confiado sí, en la indulgencia con que mis compatriotas han acogido mis producciones, desde el momento en que por una passion que no me ha sido posible vencer, comencé á escribir en algunos de los periódicos literarios de esta capital.

La casualidad quiso que fuese yo á Europa en la época en que ha tenido mas vida y mas animacion. No hay extranjero ilustrado de los que visitó á Lóndres que no haya escrito algo de la Esposicion; y franceses, españoles, italianos, alemanes, y turcos, todos han regresado á su país á referir de palabra ó por escrito lo que vieron, lo que observaron y lo que aprendieron.

Pues que un mexicano se encontró en esa gran festividad del comercio y de la industria de todos los pueblos civilizados del mundo, ese mexicano tiene necesidad de contar á sus amigos y á sus paisanos lo que vió desde que pisó las playas mágicas de la tierra antigua, como los peregrinos dejaban el báculo y el sombrero y se sentaban junto al fuego en algun castillo gótico á referir sus trabajos y sus aventuras.

Los que no han viajado, quizá encontraran algo que les divierta y que escite su curiosidad, y los que han recorrido las mismas ciudades que yo, gozarán al recordar sus peligros y sus alegrías, de ese placer melancólico que dejan en pos de sí los viajes para todo el resto de la vida.

Los señores de S. M. B. y de un mexicano que recorrió
que Jorge Comandante fué el desdichado protector de nuestra inde-
pendencia y que los visitó en sus viajes, Milord, el mismo espíritu li-
beral y benéfico que tuvo este ilustrado ministro para tender una
mano amiga y protectora á todas esas grandes y nobles familias de la
familia humana, que viven hoy todavía bajo el dominio de las
preocupaciones y de los odios de las edades bárbaras.

A S. E. EL SR. VIZCONDE DE PALMERSTON,
SECRETARIO DE ESTADO DE S. M. LA REINA DE LA
GRAN-BRETAÑA.

Aceptado pues, Milord, esta dedicacion con los testimonios
de la amistad y afecto muy sinceros con que me he permitido escri-
birle.

Cuando hace algunos años leía yo la historia de Inglaterra
y las descripciones de las ciudades, de las campiñas y de las
costumbres, pensaba yo que no seria feliz ni lograria tener
quietud hasta que no visitara esos antiguos monumentos góti-
cos que despiertan tantas ideas dormidas, y viese con mis pro-
pios ojos las maravillas de la industria y los adelantos de uno
de los pueblos que han vuelto á encontrar en todo su esplendor
las artes y la civilizacion hundidas y perdidas con la
caída de los Griegos y de los Romanos, como se hunden y
pierden con los terremotos las maravillas de una ciudad.

Por fin mi deseo se cumplió. Visité la Inglaterra, regre-
sé á mi país y escribí un libro. Este libro será sin duda muy
inferior á los que han escrito antes que yo los hombres ilus-
trados que han visitado la Europa; pero en él están consig-
nados sinceramente mis recuerdos y mis sentimientos, respecto
al país y al pueblo que visité.

Este libro me he tomado la libertad, Milord, de dedicárselo
como el doble recuerdo de un funcionario que personalmente
tuvo motivos de agradecimiento para con el ministro de nego-

Veracruz, no he encontrado mas que buenos amigos, que tienen el hábito de agasajar á sus huéspedes, de complacerlos y de hacer que constantemente conserven un recuerdo agradable de la hospitalidad de los veracruzanos, que parece la aprendieron ó la heredaron de aquellos tiempos felices de la edad de oro. Acompañado de tantos y tan buenos amigos como mi estrella me ha deparado en Veracruz, salté en una lancha, subí á bordo del vapor, y de pié en la popa ví primero ocultarse y aparecer por intervalos entre la espuma del mar, el bote de mis amigos, que me saludaban todavía con sus pañuelos blancos, y despues desvanecerse poco á poco y confundirse con la playa las casas, las torres y las cúpulas de la ciudad. Media hora despues la oscuridad de la noche me impidió ver la playa, el castillo, los arrecifes y aún las altas montañas de la sierra de San Martin. ¡Cuántas y qué dolorosas sensaciones se experimentan en esos momentos! La patria, la familia, los amigos, en una palabra, todo aquello que ama el hombre en la vida, se alejaba de mi vista, y à todo esto no me unia mas que la esperanza, que es la vida que anima y sostiene al que se lanza en la profunda soledad del Océano.

A los tres dias de navegacion entramos en la Sonda de Campeche. No hay idea de unas aguas mas tranquilas y mas hermosas: los vientos nortes que vienen desde el polo revolviendo la superficie del mar van á terminar casi siempre en la Sonda de Campe-

che, como si la naturaleza hubiese colocado allí una muralla invisible. Casi en todo el año el mar està de un verde esmeralda subido, las ondas apenas besan la superficie de las playas, y el cielo està azul y sereno, miéntras quizá, á poca distancia brama el viento y ruge la tempestad. Pero esa calma y tranquilidad, es á veces turbada por escenas de duelo y de muerte. En esta travesía se encuentran los bajos llamados "*Alacranes*," y como cambian con frecuencia y los buques son desviados por la corriente, muchas veces no basta el cuidado ni la pericia de los capitanes para impedir un naufragio. La única manera de disminuir los accidentes seria el construir un faro, y aunque este ha sido ya decretado por el congreso mexicano, pasarán muchos años ántes de que una luz benéfica y consoladora evite á los navegantes del golfo el encontrarse repentinamente con una muerte desastrosa. Nuestro vapor, mas afortunado que otro de la misma compañía que pereció hace tres años en esos arrecifes, dobló la costa de Yucatan y entró en el estrecho canal por donde el golfo mexicano desemboca al mar de las Antillas. Por la noche divisamos bastante cerca el faro colocado en el cabo de San Antonio en la isla de Cuba, y seguimos nuestra navegacion pasando muy cerca del *Gran Caiman* y del *Caiman chico*, que son dos islotes pertenecientes al gobierno español, enteramente deshabitados por falta de agua, y donde se hace en casi todas las es-

taciones del año una abundante pesca de tortugas, algunas de un tamaño enorme. A los siete dias avistamos la costa de la isla de Jamaica, y al dia siguiente, temprano, con una hermosa mañana, con un calor echorbitante, y deslizándonos por una mar de azul y oro, dimos fondo en Puerto-Real que es la entrada de una bahía ancha y espaciosa; pero que solo tiene un canal estrecho, señalado por una multitud de *boyas*.

Un estenso cuartel de madera para la guarnición, dos ó tres edificios de lo mismo y unas cuantas casas pequeñas colocadas debajo de unos grupos de palmeros, es todo lo que hay en la pequeña isla de Puerto-Real. Sin embargo, el aseó de las casas pintadas de encarnado, con sus vidrieras y sus persianas verdes, y la belleza de las plantas y arbustos tropicales, junto con la vista de un mar tranquilo y de unas montañas cubiertas de verdura, dan á estos sitios un aspecto singular y característico que en vano se buscaría en otros países.

Despues de haber recibido la visita de los oficiales ingleses estacionados en Puerto-Real, continuamos por el interior de la bahía hasta atracar en un mal muelle de madera de la ciudad de Kingstown, capital de la isla. Todas las ilusiones que yo tenia y que se me habian aumentado con la vista pintoresca de Puerto-Real, desaparecieron instantáneamente. No pasaban de media docena los buques que habia en bahía. Los muelles ó atracade-

ros sucios, medio podridos y contruidos de la manera ménos perfecta. Sobre estos muelles acudieron multitud de negros y negras sudorosas, medio desnudas, dispuestas ya con sus canastos en la cabeza, á echar el carbon de piedra en las bodegas del buque, ó á vender á los pasajeros naranjas, piñas y otras frutas. Una porcion de muchachos amarillentos y flacos se dejaban caer de los muelles á la agua para buscar una moneda ó una piedra que se les arrojaba, y parecian mas bien unos animales raros, que no descendientes del padre comun de los hombres.

Miéntras que los negros formando una algazara ininteligible comenzaron á echar el carbon, saltamos á tierra. Nada hay mas triste que el aspecto de la capital de Jamaica. Las calles están sin empedrados, ni aceras, y llenas de arena y de suciedades, se hace materialmente imposible el tránsito á ciertas horas del dia en que el calor las convierte en un verdadero horno. Las casas en lo general son de una mezquina apariencia; la mayor parte de madera, muy desaseadas, sin jardines, sin patios, sin ninguna especie de comodidad. Una que otra tienda regularmente aseada y surtida, y una que otra casa de esmerada construccion, pintada de blanco y rojo, revelan la existencia en esos lugares de alguna familia europea, y euando al través de una celosía ó de una vidriera se vé un

rostro blanco, un cabello rubio y unos ojos azules, el viajero experimenta una sensacion igual à la que tendria si en un desierto de arena encontrase repentinamente una rosa de castilla ó una camelia. Tanto así es desagradable el aspecto que presenta en las colonias esa poblacion africana, cubierta de harapos, enfermiza y vagando por las calles, sin que su contacto con las razas civilizadas, sirva ni aún siquiera para inspirarle la propension á las comodidades. Cansados de andar por calles donde nada habia que ver, tomamos un carruaje y nos dirigimos al jardin botánico. Luego que se sale de la ciudad se respira un aire mas fresco y mas puro, y la vista se recrea con el espectáculo de las montañas, en cuyas faldas se descubren hermosas casas de campo, donde residen los empleados y gefes militares del gobierno inglés. Tomamos un sendero estrecho por en medio de dos montañas. ¡Cuánta planta aromática! ¡Cuántos árboles frutales! ¡Cuántas y qué variadas flores! La vegetacion en esos lugares es tan eshuberante y magnífica, como en la Habana y como en nuestros campos del Estado de Veracruz.

El jardin botánico es bastante hermoso y bien distribuido, y notable sobre todo por el cultivo esmerado de algunas plantas y flores tropicales que con el auxilio de la ciencia adquieren un desarrollo prodigioso. Confieso que aunque naí en México, que es por escelencia el país de las flores, ví

en Jamaica algunas muy bellas y que me eran enteramente desconocidas. Al regreso, nuestro conductor tomó distinto camino; pero tan pintoresco y frondoso como el que habiamos ya transitado. Divisamos perfectamente desde nuestro carruaje los cuarteles donde reside la tropa inglesa, pues la tropa de negros que tiene á su servicio el gobierno, habita en las ciudades.

El clima de Jamaica como el de nuestras costas del golfo, es escesivamente caluroso y enfermizo. En los meses de verano y otoño reinan allí las calenturas intermitentes, el vómito prieto y la fiebre, de la cual no escapan ni aun los indígenas que de la India Oriental ha trasportado la Inglaterra en clase de colonos libres; pero como sucede tambien en México, en las alturas se disfruta de un clima mas fresco y mas saludable, y este es el motivo porque los ingleses han colocado sus tropas y sus habitaciones en las montañas. En el tiempo del gobierno español la isla de Jamaica llegó á una prosperidad asombrosa, pues se hacian allí grandes depósitos de mercancías que eran distribuidas de contrabando en todas las Islas y aun en los puertos de México. La abolicion de la esclavitud puso el sello á la ruina de Jamaica y hoy no es mas que un apostadero en las Antillas de la marina inglesa. Apenas se puede concebir cómo una nacion tan rica y tan ilustrada no ha hecho nada en favor de una colonia que no goza ni aún de los beneficios

de una regular policía. Enviarémos á los que crean que la república mexicana sería un paraíso en poder de una nacion estrangera à que dén un paseo por Jamaica y se convencerán al momento de que los mejores gobiernos del mundo tratan á sus colonias como los arrendatarios á las haciendas, es decir, sacándoles únicamente el provecho de que son susceptibles. Es fuerza sin embargo hacer justicia á la nacion española, que en los tiempos de su grandeza y poderío dejó en todos los puntos de su dominacion ciudades de palacios, y campos de jardines que harian honor á esos fabulosos reinados de la antigüedad.

Al dia siguiente por la tarde salimos de la bahía de Jamaica y seguimos tranquilamente nuestra navegacion costeano la isla de Santo Domingo y dirigiéndonos para Puerto Rico, á donde llegamos tres dias despues.

Sobre un inmenso peñon que se adelanta atrevidamente en el mar, está edificado un castillo, en el que por sus altos torreones y gruesas murallas, se reconoce inmediatamente la imponente arquitectura militar de las antiguas fortificaciones españolas suficientes entónces para las necesidades guerreras de la época; pero débiles para resistir hoy á esos enormes castillos flotantes, coronados de cañones, que se llaman buques de guerra. Magestuosamente entró nuestro vapor, anunciándose con un cañonazo en la ciudad de San Juan de Puerto Rico, sin que ni

aun por esto diera muestras de vida. Todo estaba solo; y en aquella montaña desierta, llena de murallas, se veía únicamente algun centinela inmóvil y uno que otro pacífico buey que levantaba la cabeza para ver nuestro enorme vapor, y seguia despues paciéndo tranquilamente la yerba. Avanzamos gran trecho hasta que vino la falúa del práctico, tripulada con cuatro marineros. Poco despues comenzaron á llegar multitud de botes que rodearon los costados del vapor, disputándose los marineros, con las palabras mas soeces é indecentes, el lugar cercano á la escalera y el patrocinio de los pasajeros que querian desembarcar. Mientras que se arreglaba el recibo y despacho de la correspondencia, saltamos en un bote y nos dirigimos á la ciudad, lejana todavía dos ó tres millas del punto donde estábamos fondeados. Poco distante del castillo y en una elevacion, se halla una casa pintada de amarillo, semejante en su construccion á las nuestras. Es un hospital. Junto á esa casa hay otra de mas modesta apariéncia, y sin embargo es un monumento histórico, pues en ella habitó Cristóbal Colon.

Saltamos á tierra y recorrimos la ciudad muy rápidamente. Las calles son mucho mas angostas que las de México; pero muy bien empedradas y embaldosadas, y los edificios, aunque la mayor parte de un solo piso, parecen cómodos y aseados. San Juan de Puerto Rico no es una ciudad de primer

órden, ni de movimiento y de comercio como la Habana; pero qué diferencia entre ella y la capital de Jamaica! Si se hubiese de juzgar á los españoles y á los ingleses por estas dos colonias, sin vacilar daría todo el mundo la preferencia á los primeros, sin embargo de no haberse puesto á la cabeza del cristiano, pero en el fondo muy mercantil principio, de la emancipacion de los esclavos. No mezclaré aquí esta cuestion, debatida por tantos años y por tantos hombres eminentes; pero señalaré únicamente un hecho, y es, que en climas como los de nuestras costas y el de las Antillas, única y esclusivamente la raza africana es la que puede soportar el trabajo. De este hecho tambien se deriva una consecuencia forzosa, y es, que en puntos semejantes, una vez abolida la esclavitud, la agricultura no puede progresar.

De Puerto Rico á la isla de Santo Tomás, no hay mas que unas cuantas horas de navegacion, aunque muy peligrosa, porque el rumbo está sembrado de cayos y arrecifes que apenas sacan su terrible cabeza fuera del agua. Afortunadamente hicimos esa travesía en una noche apacible y con una luna espléndida, que nos permitia solo con la vista natural, observar las formidables rocas que á cierta distancia, y por el efecto de luz causado por algunas nubes, parecian negros y silenciosos barcos de piratas que intentaban sitiar á nuestra embarcacion.

Si se busca en una carta geográfica la isla de Santo Tomás, trabajo costará encontrarla por su estremada pequeñez.

Una espaciosa bahía, formando la figura de una herradura. Tres montañas poco elevadas y cubiertas de césped, en cuyas faldas se hallan distribuidas una porcion de casas pintadas de rojo, de amarillo y de blanco, es todo lo que forma la isla de Santo Tomás, que los ingleses han escogido para la estacion de los vapores de la compañía de las Indias Occidentales. Cada mes se reunen en este punto el vapor de Europa, el de Chagres, el de las Islas y el de Veracruz y Tampico, añadiéndose á estos otros vapores que hacen la travesía de Nueva-York, la de Puerto-Cabello y Santa Marta. Esto, y el disfrutarse en la isla una completa libertad comercial, pues está declarado *puerto franco*, le dá un aspecto de animacion y de vida que no se encuentra en otra parte de las Antillas, donde los aduaneros espantan al comercio y á los pasajeros. La isla de Santo Tomás y otra muy cercana que se llama Santa Cruz, pertenecen á Dinamarca, cuyo gobierno tiene allí cosa de doscientos soldados encerrados casi siempre en un pequeño castillo, cuyos cañones solo truenan hace tiempo para saludar á los buques de guerra que suelen hacer allí su estacion.

Tres ó cuatro horas son suficientes para recorrer toda la isla y visitar la única curiosidad que es un

inmenso árbol que llaman el árbol del algodón, y cuyos brazos de un grueso enorme y de un follaje frondoso, han crecido en dirección de la tierra y cubren una porción inmensa del suelo. Tuvimos necesidad de permanecer toda la Semana Santa en la isla, sin otra ocupación que aguardar con impaciencia las horas del almuerzo y comida. Es necesario hacer un sincero elogio al hotel en que paramos. Un gran mirador con su piso de mármol de Génova desde donde se descubre el Océano. Un jardín pequeño delante de la puerta con su gruta de enredaderas, sus hermosos palmeros y cubierto de aromáticas flores. Una buena mesa con manjares bien sazonados y grandes vasos de vino con trozos de hielo; hé aquí lo que encuentra el viajero en estos climas ardientes y mortíferos y en medio de esta civilización que comienza hoy y que acabará cuando esté completamente poblada por la raza blanca esta inmensa muralla que Dios ha colocado en el Océano y que descubrió el talento místico y profundo de Cristóbal Colon.

 II.

EL OCCEANO.

El sábado de Gloria abandonamos los mares azules y tranquilos de la América, y pocos días después navegábamos ya por un mar frío y nebuloso, que anunciaba todavía la retirada del invierno. Mis lectores me permitirán que les hable un momento de la vida del mar, de esa vida excepcional que en nada se parece a la existencia ordinaria de las ciudades.

El que hace un largo viaje por el Océano, encuentra diariamente motivos para bendecir al Omnipotente, y para admirar las obras de su creación. En las mañanas el sol parece que nace del fondo de los mares, las ondas están teñidas de púrpura, los celajes se retratan en cada una de las olas que al romperse dejan un círculo de blanca espuma. En la tarde, cuando el sol se pone, la parte donde baña la sombra, aparece de un azul puro y hermoso como el